



## Más dulce que el chocolate

Los tiempos eran otros antes, viste. No había esas cosas que ustedes tienen en esos aparatos; lo instantáneo quedaba adentro de uno, y después a esperar a que llegara el cartero. Bah, eso si llegaba. Yo arranqué a trabajar en el Bonafide de Callao y Santa Fe cuando era un pibe y al principio me tenían de acá para allá como bola sin manija, pero después de un tiempo se dieron cuenta de que sabía manejarme y de que tenía un don especial con la gente. No te digo, ¿sabés que fui empleado del mes seis veces seguidas? Bueno, imaginate. Después de dos años, con apenas dieciocho recién cumplidos, ya era el gerente y el local estaba que ardía de la cantidad de gente que entraba a sentarse. A mí me gustaba, me quedé ahí varios años.

Un día me pidieron que entreviste gente nueva para que atienda el mostrador; me pararon afuera, al ladito de la puerta, y me dijeron que me fije cómo venían vestidos, cómo me hablaban y su aspecto en general. Eran tiempos difíciles, nena, era imposible conseguir laburo en esa época. No me quedaba otra que poner cara de perro y ser selectivo. La gente venía arreglada y hacía lo mejor posible, pero, aunque la mona se vista de seda...bah, no viene al caso. En una de esas salió Pepe y prendió un cubano que le había traído un tío de un viaje; el muy perejil se creía un casanova de aquellos y era un salame. Me dijo que me tome un descanso, que ya era la hora del almuerzo. Por cansancio o para



no tener que bancarme a Pepe amagué para irme, pero cuando levanté la cabeza, la vi.

Era la mujer más hermosa del mundo. No me acuerdo lo que tenía puesto, pero me acuerdo de que le quedaba pintado. Estaba cruzando la calle un poco distraída, mirando, pero sin ver. Así como si nada, se me paró el corazón. Mirá que yo era un tipo pintón eh, no me iba mal en el amor, pero esto era otra cosa. Esa mujer era otra cosa. No lo pensé ni un segundo; salí disparado para donde estaba ella con una sola cosa en la cabeza: esta mina a mí no se me iba a plantar.

Corrí esos cincuenta metros que nos separaban como un desquiciado, y de afuera seguro parecía uno. Poco me importaba. Finalmente llegué a donde estaba y recién ahí me di cuenta de que no tenía ni idea de qué decirle. Me quedé parado como un tronco en plena avenida Santa Fe hasta que solté lo primero que se me vino a la cabeza.

–¿Querés trabajar en Bonafide?

Me miró con los ojos más negros que vi en mi vida y se me rio en la cara.

–¿Y vos quién sos? –me dijo toda sonriente.

Me enamoré ahí mismo.

–Minguito –le contesté agitado. Entre la corrida y lo linda que era, se me había escapado todo el aire.

Se rio otra vez.



–Yo soy Clara, Minguito. Un placer conocerte. Ahora, ¿Bonafide dijiste? –me tiró así sin más. Listo, pensé yo. Era Gardel con guitarra eléctrica.

Me siguió hasta el local mientras yo le explicaba de qué iba la cosa, que iba a tener que hacer, ya sabés, lo básico. No paró de sonreír en ningún momento. Llegamos a la puerta y me acordé de la gente que venía por el laburo. Te voy a ser honesto, querida, me importó poco en ese momento. Los mandé a todos a casa sin pensarlo dos veces. Algunos me dijeron barbaridades, pero bah, los mandé a freír churros. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como, por ejemplo, cómo iba a lograr que ese bombón se case conmigo.

Nos quedamos cinco minutos conversando afuera; yo me hubiese quedado ahí toda la vida. Pero nos interrumpió Pepe, el muy maula, y terminamos entrando. Una vez adentro, cuando Pepe la vio bien a Clara, se le cayó la mandíbula al piso. Antes de que pueda pestañear lo cacé del codo y me lo llevé a un rincón.

–Ni se te ocurra–. Le advertí entre dientes–. Esa mujer es mi futura esposa y no tengo ganas de correrte a ponchazos. Así que volvé derecho por donde viniste y no la vuelvas a mirar así o es lo último que vas a ver en tu vida. El tipo me tiró veneno con los ojos y se fue de mala gana para la parte de atrás del local. Nunca se casó, ¿sabías? Menos mal, imaginate aguantarlo a ese.



Cuando volví a donde estaba el mostrador, Clara ya tenía puesto un delantal y estaba reorganizando todo mientras tarareaba algo suavemente. Te juro, nena, sentí que la conocía de toda la vida. Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando se volvió a reír y con un poco de timidez me preguntó:

–¿Qué?

–Nada –le respondí. –¿Querés ir al cine algún día?

Empezamos a salir la semana siguiente y al año nos casamos. Nos despedimos de Bonafide como si fuera un viejo amigo y nos fuimos a recorrer el país. Tuvimos diez hijos, tu viejo uno de ellos, y después llegaron ustedes. Sesenta años pasaron desde la primera vez que la vi, y todavía me queda encontrar a alguien que se le parezca. La llevé al cine todos los viernes. Como te dije antes, nena. No se me piantó.

**Cátedra:** *Redacción en español*, del Traductorado de Inglés, turno vespertino.

**Autor:** Carolina Visceglie